

# D. Ildefonso Cerdá Suñer

13

*un centellense  
poco conocido*

Hace un par de años, en verano de 1954, llegó al manso Cerdá, de Centellas, la señorita Pepita Richardson, de nacionalidad inglesa, y biznieta del último Cerdá propietario de la casa que aún lleva dicho nombre. Dicha señorita explicó a los actuales propietarios, los señores Penadés, de Vich, la historia de su familia y cómo, llevada de un laudable deseo de conocer la patria de sus mayores, había solicitado de la casa «Zeltia», en la que trabajaba un empleo en Parriño (Pontevedra), para desde allí visitar el Cerdá.

Conocedor de ello y gustándome cuanto pueda contribuir al mejor conocimiento de nuestra historia local, me puse en relación por correspondencia con ella solicitando datos y permiso para la publicación de este artículo.

La respuesta no se hizo esperar y el día 13 de julio último tuve el honor de ser visitado por ella y de oír de sus propios labios esta historia.

Hay una leyenda que atribuye a Carlomagno el origen de «Vilarestau», que lleva el territorio donde se encuentra emplazada la solariega casa. Según esta leyenda, estando cansados sus soldados y habiendo acampado junto a la hermosísima fuente del Cerdá, encantado del si-

tio, Carlomagno les dijo: «Aquí restau.» Aquí quedad.

Descartemos esta leyenda, ya que de ser cierta Carlomagno hubiera hablado en catalán, cosa harto inverosímil.

Sin embargo, no cabe poner en duda la antigüedad del Cerdá, de cuya casa han salido muchos canónigos, curas, militares y prohombres de nuestra Historia. Enlazada la familia con las más destacadas de la comarca, aún quedan hoy quienes llevan honrosamente el apellido, como los Sardá Prat de Vich, que descende de un Sardá y Puiguriguer, otro apellido por cierto bien famoso y centellense, aunque hoy no lo llevan los propietarios del manso Puiguriguer. (En los documentos antiguos de la casa el apellido se escribe Sardá.)

Don Ildefonso Cerdá, el último propietario de la casa, que luego vendió por reveses económicos, fué un gran ingeniero y un gran político, que tuvo que luchar mucho, sufrió mucho y murió olvidado. Nació en el Cerdá de Centellas en 1816, y murió en Caldas de Besaya (Santander) el 22 de agosto de 1876. Cursó latín y filosofía en el seminario de Vich, y en Madrid entró en la Escuela

Especial de Ingenieros, recibiendo el título en 1841, siendo destinado a prestar sus servicios en las provincias de Teruel, Tarragona, Gerona y Barcelona, hasta que obtuvo la excedencia del Cuerpo (1849) para dedicarse a estudios de urbanización. Por Real Orden de 2 de febrero de 1859, el Ministerio de Fomento le autorizó para hacer estudios de ensanche y reforma de la ciudad de Barcelona, pero sin que pudiera considerarse que aquella gracia prejuzgaba el derecho a la concesión definitiva de la empresa y posteriormente otra Real Orden de 7 de junio del propio año aprobó definitivamente el plano de ensanche y reforma de la ciudad que motivó muchas discusiones y controversias y la publicación de varios folletos contra aquella orden, que consideraron algunos como una imposición, enfrente del plano que había presentado al Ayuntamiento el arquitecto municipal Antonio Rovira y Trias, premiado por la Junta calificadora del certamen abierto por el Municipio. Después de sostener infinitas luchas tuvo al fin la satisfacción de ver aprobado y en vías de ejecución su plano al que es debido el Ensanche de la ciudad. Desempeñó varios cargos de elección popular, entre ellos los de diputado a Cortes (1850), síndico del Ayuntamiento (1854) y presidente de la comisión provincial de la Diputación de Barcelona (1873), prestando excelentes servicios en aquella época de turbulencias en pro de la causa del orden. En los últimos años de su vida atravesó una situación bastante apurada a causa de las cantidades que le adeudaba el Gobierno por sus trabajos. Quebrantada su salud fué a buscar alivio a sus

males al balneario de Caldas de Besaya, donde le sorprendió la muerte. Publicó: *Teoría general de la urbanización* (Madrid, 1867), en la que figura como apéndice al tomo II una *Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856*. En 1870, el Ateneo Barcelonés le dedicó una velada necrológica en la que Manuel Angelón leyó una extensa biografía de Cerdá, que se publicó en el *Boletín* de la sociedad.

Casado con doña Clotilde Bosch y Carbonell, de Barcelona, hija de un famoso hombre de negocios, nacieron del matrimonio cuatro hijas, Pepita, Sol, Rosita y Clotilde, famosísima artista y escritora mundialmente conocida. De una de éstas, Pepita, casada con don Joseph Richardson, nacieron cinco hijos, de uno de los cuales (Carlos Richardson) es hija Pepita Richardson, a la que debo todos estos datos.

Para no alargar este trabajo, forzosamente reducido, me limitaré a copiar del «Diario de Barcelona» del 23 de agosto de 1876, lo siguiente:

«Barcelona. Ha fallecido en Caldas de Besaya (Santander), adonde había ido para reponer su quebrantada salud el Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos don Ildefonso Cerdá y Suñer. Autor del plano de Ensanche de nuestra ciudad, el señor Cerdá dejará por este solo motivo un recuerdo imperecedero en Barcelona, puesto que, aun cuando puedan hallarse defectos en su obra, se encuentra en ella una grandiosidad de que es ejemplo elocuente entre otros que podrían citarse la Gran Vía o Calle de Cortes. El señor Cerdá era, además, autor de varias obras de las cuales recordamos muy especial-

mente la titulada «Teoría General de la Urbanización» trabajo importantísimo, que demuestra los vastísimos conocimientos del autor en la materia y de la cual sólo se han impreso los dos primeros tomos faltando publicar el tercero, que convendría mucho que el Gobierno diera a luz para completar un estudio de tanto interés para la urbanización y principalmente para la ciudad nueva.

»El señor Cerdá, que figuró siempre en el partido liberal avanzado, había desempeñado distintos cargos, y entre ellos el de diputado a Cortes por el segundo distrito de esta capital en 1850, y de vicepresidente de la Diputación provincial de Barcelona en 1873. Fruto de su permanencia en este último punto fué un excelente mapa hidrográfico y de las vías de comunicación de esta provincia al paso que nomenclátor de sus pueblos, mapas al que se ha de acudir siempre y cuando quiere consultarse algo sobre dichos extremos. Este mapa se acompañó a los presupuestos de la Diputación de 1873 a 1874 y el señor Cerdá se proponía completarlo con el orográfico.

»Una dolencia que le afectaba desde algún tiempo y que recientemente se le había agravado, ha sido la causa principal del fallecimiento de don Ildefonso

Cerdá, que ha muerto a la edad de sesenta años.»

Hasta aquí la cita. A. Cerdá, que sepamos, no se le ha erigido ningún monumento en Barcelona, ni siquiera se le ha dedicado una calle. El monumento no lo necesita: toda Barcelona, nuestra querida gran Barcelona lo es ya e inmejorable. Su obra, su ciudad es su monumento. En cuanto a lo de la calle es un olvido imperdonable para Barcelona. Yo me atrevería a proponer que cuando nuestra villa de Centellas construya la desviación de la carretera de San Feliu de Codinas, que está destinada a ser una gran avenida, se le diera el nombre de este urbanizador excelente y centellense insigne. Entonces tendríamos la «Avenida de don Ildefonso Cerdá».

ALBERTO MAS VILALTA



EL CERDÁ